

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

El Número Especial del 1.º Abril

Al público:

Durante los días 1, 2 y 3 de Abril se pondrá a la venta, correlativamente, una novela inédita titulada **"LA VOLUPTUOSIDAD DEL PODER"**, que por su extensión tenemos que subdividirla en 3 partes.

Esta nueva producción de PEDRO SONDEREQUER autor de **"EL INSTINTO"**, por constituir una novela del actual ambiente social y político, por la belleza de su estilo y por la intriga y emoción de su contenido, será leída con vivo interés.

LA DIRECCION.

EN LA SENDA

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

ANTONIO JULIÁ TOLRÁ

La caravana estaba en marcha. Los alegres excursionistas, jinetes en sendas cabalgaduras serranas, descendían por la rápida cuesta hacia el arroyo, para tomar el camino de las cimas, cuando el sol asomaba tras la línea violeta de las sierras veladas aún por las gasas de la tenue neblina matinal.

—¡Por fin sé dónde está el Oriente! — exclamó Luciano. A pesar de mi título de ingeniero geógrafo, confieso que desde hace quince días vivo ignorando dónde están aquí los puntos cardinales.

—Prueba confesada, mi amigo viejo, de que es usted un dormilón insigne. Agregó Sara, la más gentil de las amazonas, que encabezaba la columna junto al guía.

—¡Es tan agradable, Sara, dormir arrullado por el trino de los pájaros y mecido por las brisas matutinas!....

—¡Jesús! ¡Estás muy poético, Luci!

No pudo continuar. Las francas risas de los compañeros cortaron a tiempo la inspirada elocuencia del madrugador ocasional.

Guardar seriedad en una excursión a las sierras, en compañía como la que esa mañana partiera de Tanti Viejo para Laguna Brava, fuera el más vano de los intentos. La alegría desbordante de la pa-

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**PIDANSE EN LOS KIOSKOS ESTACIONES DEL SUBTERRANEO
Y VENEDORES DE DIARIOS, LOS NUMEROS ANTERIORES**

turaleza misma con sus magníficas policromías, sus armoniosos murmullos y sus explosiones de vida, penetraban hasta el fondo del espíritu, desalojando sombras y pesares.

La charla, a poco andar, se había generalizado.

Todos, empeñados en hacerse oír del distante compañero, predicaban su tema predilecto.

Pepe Reinoso, el paisajista galano, con su retina saturada de luz y de color, no sabía si atender a la mula cosquillosa que le tocara en suerte — o en desgracia — o a los encantos del pintoresco valle que como una mágica visión surgía ante nosotros al despuñtar la primera loma.

— ¡Oh! ¡Qué lindos tonos! Miren, miren aquella alameda! ¡Qué preciosa mancha! ¡Eh, mula del diablo! ¿Pues no se le antoja salirse de la huella?

Y el ingenioso pintor, capaz de crear con sus pinceles recios centauros, miraba con turbadora zozobra los caprichosos juegos de su jamelgo, con no poca chanza de Guillermo que, jinete en rocín maduro y achacoso, podía sin temor despreocuparse, aunque no le sobrasen habilidades en el difícil arte de la equitación.

Luis Mayor, el impávido Nemrod del grupo, con su escopeta virgen al hombro, soñaba en voz alta, en la posibilidad de encontrarse frente a algún "león" para dar buena cuenta de él. En último caso, se conformaba hasta con una liebre o una yunta de palomas.

Mayor fumaba en pipa a la inglesa y le era imposible disparar un tiro sin tenerla encendida. Daba siempre la casualidad de que al aparecer una pieza de caza, se le hubiera apagado. De ahí que el terminar la difícil operación de darle lumbre ya fuera inoportuno el disparo. La presa se había cansado de esperar.

Sin embargo, aseguraba el cinegético compañero haber cazado una zorra madre de tres cachorrillos, una liebre impúber y un bienteveo, aunque no presentó jamás testigos presenciales de tan sonadas proezas.

Luciano narraba cuentos picarescos a media voz, a los varones, con no poco disgusto de las niñas que en vano protestaban contra tales secretos suspicazmente adivinados.

Guillermo decía versos.

De cuando en cuando, sorprendido en un poético aparte con Sara, tenía que sufrir las bromas de todos, dispuestos a matar en germen el más leve asomo de individualismo egoísta.

* Completan la caravana alegre y decidora, Lucrecia, gentil primita de Sara, en perpetuo sueño de románticos idealismos, con su carita melancólicamente iluminada por una sonrisa sugestiva, imper turbable; Luisa, una francesita a la que el espejo no engañaba al convencerla de su coquetona belleza y, por supuesto, el guía, gallardo mocetón serrano de atezado rostro y perspicaz mirada, que enhorquetado en su silla de campo, a la cabeza de la singular columna, más parecía guerrillero incásico al frente de hueste exploradora que pacífico conductor de gente urbana ávida de bucólicos placeres.

Al perder de vista las últimas casitas blancas de la pintoresca aldea, y alcanzar las primeras alturas escabrosas, donde el pedregal multicolor parece atestiguar reciente batalla entre ciclópeos honderos, raro silencio envuelve la caravana. Callan las risas, cesan los cantos y las charlas, los rostros se contraen, y un soplo de vaga inquietud suspende el ánimo de los viajeros.

Es que ya estamos en plena sierra. La senda ha terminado. El granito rasga la blanda corteza terrestre y surge árido de sol, multiplicándose en mil peñascos, para satisfacer a un tiempo sus ansias seculares bajo caricias eternas de color y de luz.

El guía marcha a pocos pasos solamente, y, sin embargo, no se adivina la senda que la caravana ha de seguir por la riscosa falda.

La sensación del peligro hace vibrar los nervios, y el magnífico encanto de la naturaleza salvaje, sin atavíos, ni máscaras, aparece en todo su esplendor a la vez trágico y subyugante a la fatigada visión del civilizado.

Las mulas con lentitud sabia y cuasi solemne, ascienden la empinada rampa, dislocando pedruscos que rebotan por la ladera hasta perderse en la hondonada, en tanto los jinetes asombrados inclinan la frente para reconocer la admirable superioridad con que un cuádrupedo se empeña en humillar al hombre incapaz de conducirse mejor en aquel caos de piedra.

—Déjenles las riendas sueltas, grita el guía. Y a su inteligente albedrío, las mulitas trepan, bordean abismos, traspasan cumbres, se suspenden casi sobre las simas, e imperturbables siempre, conducen indemne su carga de sabias humanidades a la meta señalada.

El jinete piensa en ciertos conductores de pueblos y el paralelo le descubre inferioridades asombrosas.

El trance difícil ha pasado, pues las risas vuelven a oírse.

El artista comenta las bellezas del nuevo paisaje. El cazador inédito apunta a un águila que se cierne sobre el grupo; pero el águila no se detiene y la escopeta torna a su lugar.

Todos convenimos en que existe absoluta incompatibilidad entre el simpático Mayor y las artes bélicas. Es demasiado bueno para cazador y para soldado. En la guerra no descargaría sus armas nunca por no hacer daño, como no las descarga en la paz entre las inocentes perdices, liebres y palomas, por igual motivo sin duda.

Guillermo prosigue sus versos. Sara y Lucrecia siguen sonriendo, cada una con sus pensamientos.

Luciano protesta porque lo han dejado atrás y no le escuchan.

El guía sigue adelante, recio y silencioso como las rocas que atalayan al horizonte en las crestas de las sierras.

Hemos llegado a la pampa.

La verde pradera que se extiende a nuestros pies nos recuerda la llanura del terruño lejano. Estamos en Mallín.

Allá, sobre una suave ondulación que más asemejase a loma entrerriana que a sierra cordobesa, destácase entre los magníficos verdinegros de umbría arboleda, la señorial mansión de un pioner serrano, el doctor Santiago Irigoyen, quien cambiando la pluma doctoral por la mansera del arado, ha sabido descubrir en ese fragmento de paraíso su fuente de juventud.

Desde lejos saludamos su nombre y, ya en pleno llano, la caravana se desbanda a lo largo del amplio camino, como si jinetes y cabalgaduras hubieran sentido la necesidad imperiosa de sacudir la esclavitud de las horas pasadas en el sendero difícil y estrecho.

Luciano marcha a galope tendido junto a Lucrecia y Luisita empeñadas en lucir sus gallardías de Amazonas.

Pepe, ávido de luz, bebe a sorbos con la retina, los matices que la paleta inmensa de Naturá pone ante sus ojos.

Mayor ha oído el típico cantar de una perdiz y parte a buscarla.

Al troté acompasado de sus cabalgaduras, Guillermo y Sara siguen por la huella de la carretera, precedidos a poca distancia por el guía, que con mayor experiencia, reserva para mejor ocasión los bríos de su mula ahumada.

—Viene usted muy pensativo, Guillermo. ¿Dónde está esa cabcita?

—¿Pensativo? No, Sara; al contrario, me siento alegre.

—¡No lo parece! Hace poco reía usted y alegraba a los demás. Le ha bastado quedarse a solas conmigo, para enmudecer como esfinge. Es usted un tipo muy raro, soberanamente raro.

—Quizás tenga usted razón, Sara. No me defiendo.

—Sin embargo, usted, hace un instante, prodigaba sus risas. Y ahora... poco falta para que le salten a usted las.....

—Lágrimas ¿verdad? Es todo lo mismo en la vida: risas... lágrimas... Las primeras suelen ser para los otros...

—¿Y por qué para usted las tristezas? Habla usted como si no tuviera talento.

—¿Talento yo?

—Sí; es usted un hombre inteligente y por eso le estimo: se lo confieso, yo que harto lamentable concepto tengo de los hombres; pero es usted un desequilibrado. Oliva o Luján le aguardan... Cuando esté allí iré a visitarlo: se lo prometo.

La sorona carcajada de Sara, hizo volver al guía su rostro inmutable como siempre, hacia la pareja que tan de cerca le seguía con su coloquio.

—¿No le parece a usted, Lisandro, que a nuestro compañero Guillermo tendremos que llevarlo pronto al manicomio?

—¿Quién sabe, niña! — respondió el guía.

—¡Gracias, Lisandro, por la amable respuesta!

—Yo no sé nada, Don. Disculpe. — Y el guía inclinó de nuevo la frente, con la mirada fija en el camino, poniendo brusco final al brevísimo diálogo.

—Guillermno: se le parece a Vd. en algo Lisandro ¿no es verdad?

—¿En qué?

—¡En lo misántropo!

—¡Vuelta a la misma, Sara! ¿Quiere usted que riñamos? Si fuera mi novia, nuestro noviazgo sería tan efímero como la flor del cactus serrano.

—Y con espinas como la del cactus...

—Sí; con muchas espinas.

—¡Dios me libre!

—¡Y a mí!

—¡Galante el caballero!

—Veraz; no sé mentir y menos en asuntos de esa índole. No soy mujer.

—¿Qué dice usted?

—La mujer suele mentir, convencida de que dice la verdad. Se engaña a sí misma, sin saberlo; y lo peor es que engañando suele herir.

—¿Odia usted a las mujeres?

—¡No! Las quiero tal vez como ninguno.

—No parece así por sus palabras y sus juicios.

—Quererlas no es confiarse en ellas al punto de convertirlas en el cáliz de nuestro rocío espiritual. Para eso, suprema idealidad del hombre refinado en el crisol del estudio y del ensueño, es preciso hallar la mujer, superior sin apetitos ni debilidades; la mujer fuerte en la torre de marfil de su pureza moral...; la mujer que no tema al beso, como el oro no teme al fuego porque sabe que saldrá más puro de la llama.

—“Convertirlas en el cáliz de nuestro rocío espiritual...” Qué bella frase. ¡Siempre soñando! ¡Cuánto me apena verle a usted así!

—Por favor, no me compadezca. Repudio la piedad, Sara. Me indignaría saberme compadecido. Prefiero el odio a la compasión.

—¡Está escrito! Iré a visitarle pronto al manicomio, Guillermo.

—¿No iremos juntos? replicóle en tono ya jocoso.

—¡Basta, Guillermo, basta! no hablemos de eso. Tiene usted la virtud de entristecerme con sus... rarezas.

—¿Rarezas? Tiene usted razón. ¿Qué pueden ser sino "rarezas" para una mujer? ¿Acaso podía haberlas comprendido?

—¡Basta, Guillermo! No soy una mujer del montón — replicó Sara con inesperado tono de viril energía. ¡También usted me confunde! ¡Qué desgracia!

Y castigó la cabalgadura, arrancando al galope tendido, sin dar tiempo a que la siguieran.

—¡Oh, Sara, así quería verte! — murmuró Guillermo y tiró de las riendas para contener al caballo que pretendía lanzarse también a la carrera para estirar los entumecidos miembros.

Sentía necesidad de estar solo.

El guía, como si lo adivinara, clavó las espuelas y fué a dar alcance a la "niña Sara", que a cien metros más adelante, sujetaba de nuevo, marchando al trote monótono de su mulita mora.

—¿Por qué llora, niña?

—¿Yo, Lisandro? Si no lloro.

—Está bien, niña; yo creía haberla visto lagrimiar. Disculpe, niña.

—¿Y don Guillermo, Lisandro?

—Allá viene.

—¿Qué son aquellos tapiales que se divisan a la derecha del camino?

—El cementerio de Mallín.

—Acompáñame hasta allá, Lisandro.

—¿No tiene miedo, niña?

—¿A quién? ¿A los difuntos? Temamos a los vivos que a los que se fueron...

Entre cuatro muros, en los que el tiempo y el olvido puso su sello de sombrío moho, yerguen sus negros brazos en gesto de dolor, una docena de cruces sitiadas por el malezal donde ocultan mil alimañas sus guaridas, temerosas del contacto humano.

Cierra el pórtico de la humilde necrópolis, gruesa verja de hierro carcomido, no hay un sólo sauce, un sólo ciprés, un sólo árbol, que proyecte su sombra cariñosa sobre aquella mansión desoladora de la muerte. Bien se ve que es cementerio de humildes.

Sara echó pie a tierra. Lisandro hizo otro tanto y aprovechó el alto para acomodar las sillas y ajustar las cinchas de las respectivas cabalgaduras.

Momentos después llegaba Guillermo, y apenas advertidos los demás excursionistas, reuníanse todas, apeándose para desentumecer los músculos.

—Una fotografía... una fotografía, — exclamaron a coro las Amazonas; y Pepe Reinoso el artista de la caravana, apeló complaciente a su valija, para montar la Kodack prehistórica que antes de salir nos prestara un amigo asegurándonos bajo su fe de español que la máquina era una maravilla. Como que era un obsequio del ilustre conde de Romanones al no menos ilustre amigo.

Se organizó el grupo entre las viejas tapias del sombrío lugar. Cada cual procuró adoptar la actitud más elegante posible: Luciano, ofreciendo un puñado de flores silvestres a Sara; Lucrecia y Luisita, enlazadas en fraternal abrazo; Mayor, mostrando en alto una perdiz, trofeo glorioso de su caza; Guillermo, tendido sobre el césped.

Dispuesta la cámara, e instruido el guía de la importante función de oprimir el obturador al recibir el correspondiente aviso, Pepe Reinoso ocupó su puesto en el grupo, no sin antes hacerse rápido tocado de crenchas y bigotes, dando desde allí la señal convenida.

...Tic-tac... La historia de ese día quedaba ya documentada.

Se desarmó la máquina, y en tanto se revisaban los recados y monturas circuló la cantimplora de fresca linfa, precedida de algunas caricias a cierto criollo porroncito previamente puesto en las alforjas por el inteligente Pepe. Y la cabalgata, otra vez en pleno jolgorio, reanudó la marcha para alcanzar presto la estancia de don Benito Cáceres, y de ahí arremeter el último repecho hacia Laguna Brava.

Esta parte del camino es mucho menos abrupta que la primera, aunque la fisonomía del terreno no cambia sino en nimios detalles.

La vegetación, si bien bastante rala, aumenta a medida que se avanza hacia el poniente.

El "poleo", el perfumado arbusto serrano, multiplicase a partir de Mallín, y los espinillos forman ya pequeños montes bajos, que con algunas espinosas moras silvestres visten de verdor el grisáceo flanco de las sierras.

Los excursionistas marchan de nuevo en columna tras el guía seguidos de cerca de Luciano y Sara. A cierta distancia, rezagados, vienen los demás en bullicioso cotorreo.

La víctima esta vez es Lucrecia, a quien sus compañeros empéñanse en hacer ruborizar, aludiendo indiscretamente a ciertos apartes significativos en que fuera sorprendida con un gallardo veraneante rosarino, en las tertulias del Hotel de Villa García.

—Ha hecho usted muy mal, Lucrecia, en no envitarle a esta excursión. Es usted poco amable.

—En primer lugar, señor don Pepe, debe usted saber que yo soy invitada y que mal puedo invitar. Además, todo cuanto a ustedes se les ocurre decir son supercherías ridículas. No he cambiado con ese joven una docena de palabras en dos semanas.

—¡Bah! El número es lo de menos. Recuerde usted aquella frase que sólo de tres vocablos se compone: "Veni, vidi, vici".

—Sí; pero yo nada tengo que vencer aunque haya venido y visto.

—Tiene razón Lucrecia — dijo Guillermo interviniendo en la escaramuza: nada tiene que vencer aquí, pues hartó vencido lo tiene ya en Córdoba. ¿No es verdad?

—He ahí el punto que faltaba. ¿Quién le da a usted vela en este entierro?

—No se enoje, Lucrecia, no se enoje.

—Pero, díganme ustedes, ¿no podrían mudar el disco y dejarme tranquila? Mire, Guillermo: allá más adelante parece que está usted haciendo falta.

—¿Teme usted que descubra sus secretos?

—¿Mis secretos? ¡A que descubro los suyos!

—¿Los míos? ¡Eso sí que es imposible! pues aun no hay en la tierra quien me los guarde.

—Sin embargo... mire usted, Guillermo, que soy la confidente de mi prima Sara y que...

—¿Secretos míos y con Sara? Sería prodigioso, por no calificarlo de otro modo. Me sorprende además que usted incurra en la indiscreción de aludir a su prima.

—¡Lindo! Ahora es usted el enojado. Gracias, a Dios, me relevará en el papel de víctima. Enójese más.

—Si fuesen ustedes libres — agregó Pepe Reinoso — habría que casarlos, pues nunca cesan de reñir.

—¿A mí, con Guillermo? ¡Libreme Dios!

—¿A mí, con usted? ¿Con una mujer que hace versos?

—¿Y acaso usted no los hace? ¿Qué hay con eso?

—Nada, Lucrecia; Nada. Parece que también toma usted en serio lo que no pasa de inocente broma.

—En broma o en serio, Guillermo, no hace usted sino repetir un concepto doloroso para nosotras.

—¿Vamos ahora a la tragedia?

—Nada de eso; pero ustedes, que son hombres de estudio y de significación intelectual, no pueden ni deben contribuir ni aun en broma al mantenimiento de un prejuicio tan... inícuo.

—¡No hay para tanto!, Lucrecia! Ha sido una broma y nada más.

—¡Broma! ¡Broma! Predican ustedes la cultura femenina y cuando a una mujer se eleva en el campo de las letras o de las ciencias en alas de su superioridad, grande o pequeña, pero superioridad al fin, halla por única recompensa y estímulo la envidia de sus hermanas, las chanzas de los hombres y la soledad íntima más desgarradora.

—¡Jesús! Está usted filosófica, señorita Lucrecia.

—Nada de eso, señor Reinoso.

—Son los aires de la sierra, entonces.

—Tal vez, amigo Mayor; porque abren el espíritu hacia la sinceridad.

—Quizás tenga usted razón, Lucrecia.

—Me sobra, Guillermo. Y no hablo por mí. Ahí está Sarita, su buena amiga, Guillermo ¡su buena amiga! lo digo sin reticencias aviesas. Hermosa sin exageración; elegante; con un apellido ilustre; una posición social excelente; con un diploma brillantemente ilustrado en la cátedra; con un corazón de madre y un cerebro robusto, no ha podido formar un hogar propio todavía. ¡Quién sabe si tan siquiera ha podido encontrar el alma gemela digna de acoger las finezas exquisitas de su espíritu selecto!

Mientras en el grupo de rezagados así se diluyen en el mismo vaso de familiaridad distinguida, chanzas ligeras y agudezas de ingenio, allá en la vanguardia Sara y Luciano, sin preocuparse por la presencia del guía, discuten acaloradamente en voz alta.

—Eres muy dueña de tus actos — dice Luciano — pero cumplo con el deber de advertirte: lo que haces con ese... Guillermo, no es nada correcto.

—¿Lo que hago con ese... Guillermo? ¿Y qué hago con ese... Guillermo, señor ingeniero?

—¡Coquetear! Y no eres ninguna mocosuela para ignorar que te pones en ridículo ante todos.

—¿Tienes, acaso, celos? ¿Sería admirable?

—¿Yo? ¿De quién? Me preocupa tu dignidad, tu decoro, tu reputación que estimo, como sabes, tanto como la de una hermana.

—¡Gracias, Luci, gracias! Pero te advierto que no soy una niña adocenada incapaz de tasar sus actos, y que me siento muy dueña de mi albedrío. Hoy sólo tengo sobre mí a mi madre y a mi conciencia.

—Libreme Dios, Sara, de pretender imponerte criterios extraños. Te he hablado como amigo, viejo amigo de la infancia, porque me pareció que necesitabas una indicación oportuna. Nadie repudia tu amistad con Guillermo; pero... más discreta. No te apartas de él un instante, y eso...

—¿Y eso, qué? señor Luci...

El guía interrumpió buenamente el ya violento diálogo: — ¡Cuidado, niña! Afloje las riendas; mire que está errando la huella y viene un paso feo.

—Sí; cuidado, Sarita. Estás tan excitada que ya no adviertes ni lo que haces. ¿No es verdad, Lisandro?

—Así ha de ser, niño.

—¡Oh, basta! hablemos de otra cosa.
 —¿Quiere, niña, que lo llame a don Guillermo?
 —¿Qué dices, Lisandro? ¿Tú también?
 —¿Has visto, Sara, ¡Hasta Lisandro!
 —¡Sí! he visto. Hace tiempo que veo; y por ver demasiado voy sintiendo náuseas y envidiando a los que tienen el alma ciega.
 —Está mal la niña Sara ¿no es verdad, Lisandro? Nos la han cambiado.
 —Así ha de ser, niño Luci; ¡así ha de ser!
 Y sin recoger la alusión, Sara fustigó su mula y tomó la delantera.

—¡Luci, Luci! ¡Lisandro! No se apresuren tanto; nos dejan ustedes a diez cuadras.

—Es que ustedes van muy distraídos sin advertir que las mulas echan un sueño mientras nosotros marchamos. ¿Verdad, Lisandro?

—Así ha de ser, niño Luci.

—Sin embargo, a mí me parece que más distraídos iban ustedes hasta hace unos momentos. Y Sara ¿por qué ha escapado?

Nadie respondió á Guillermo.

—¿No habrá peligro para ella, Lisandro? ¿Por qué no la alcanza? Sara es demasiado temeraria y puede ocurrirle algún percance.

—No ha de... — fué la única respuesta dada sin alterar la imposibilidad de su gesto, por el tosco mocetón.

—¿Falta mucho para llegar?

—Poco; unas cuadras. ¿No oye usted el ronco aullido del arroyo? En cuanto doblamos esa loma caemos al bajo.

—Niño Luci: el Yuspe viene crecido, — observó el guía.

—¡No diga! Fuera lamentable que no pudiéramos vadearlo para visitar las Cuevas.

—Si usted, niño Luci, quiere que lo "bandiemos", lo hemos de "bandear" no más.

—Pero es peligroso.

—No ha de... No cayendo al agua... Agora el que se cae... no sale.

—¿Tan hondos son los pozos, Lisandro?

—Como la muerte. ¡Sin vuelta!

—¿Alguien se ha ahogado alguna vez?

—¡Más de uno! Al que pierde pie ya no le da resuello; se lo llevó Mandinga.

—¡Yo no paso, compadre!

—Que no se diga, maestro pincel. ¿Ya tenemos miedo?

—No, Guillermo; miedo no; prudencia.

—Yo, en cambio, — dice Luisa — quiero pasar; cueste lo que cueste. En Francia las muchachas somos así: no tememos ni a los hombres.

—¡Bien, Luisa, bien! Es usted de la estirpe de Juana de Arco. Y usted Lucrecia ¿ha oído lo que dice Lisandro del arroyo? El que cae al agua se ahoga. ¿Se atreve usted a pasar?

—Si pasa una francesa ¿por qué no una criolla!

—¡Bravo! Esas son de mi ley.

—¡El río! ¡el río! — gritaba en ese instante con alegría casi infantil Sara, desde el extremo de la cuesta.

—¡El río, muchachos, el río! Corran, corran.

Y como si el río fuera a huir del lugar si no nos apresuráramos a contemplarlo, castigamos las cabalgaduras para llegar más pronto al sitio desde el cual Sara, a voces, nos llamaba impaciente.

El espectáculo que tan inesperadamente se ofrecía al viandante, era en verdad de magnificencia deslumbradora.

¡Si hasta el sol parecía suspendido en lo alto asomándose al abismo para admirar mejor la fantástica orgía de las aguas!

En estrecho cauce erizado de peñascos multicolores, rugen allí el torrente sus milenarias rebeldías al son de gigantescas trompas y atabales, haciendo temblar en sus cimientos el paredón de roja piedra que irguiéndose brutal y amenazante sobre sus flancos, le esclaviza.

Llena el espacio la salvaje sinfonía; y al multiplicarse el eco, rebotando de peña en peña y de cima en cima, y al saltar las gemas de cristalina linfa del mármol al granito quebrando rayos de luz robados a todas las auroras y a todos los ocasos, el vértigo golpea las sienes y del mágico espectáculo sólo llega a la mente un confuso tropel de vibraciones que estremecen el espíritu en su nido de soberbia, haciéndole sentir la congoja inmensa de su despreciable pequeñez.

Es el torrente que pasa: el cíclope vencedor de la montaña, que al son de raros himnos triunfales abre camino a sus carros de guerra derribando con su clava la osada peña que le cierra el paso.

Es Natura misma que se precipita, llevando en su entraña próspera el germen inmortal que ha de fecundar la gleba lejana, donde los hombres de reseca fauces aguardan la frescura de sus labios de cristal para saciarse.

Es la fuente do abrevan en la quietud de la noche los astros. La esmeralda de los prados va en su linfa, con el oro de los triángulos; la nieve de los linos; el fuego de las vides; el rubí de las pomas; el suave azul que ha de teñir el cielo de los pálidos poetas allá en el lejano sauzal de la tierra baja: es la Vida misma que rompe sus prisiones, y en impetuoso frenesí de enamorada corre anhelante al valle umbrío que la aguarda con su lecho de argentada arena, para adormecerla en el rosado sueño de la leyenda eterna.

—¡A cruzar el río muchachos!

—¿A cruzar el río? ¿No le parece a usted, Sara, una profanación turbar el curso de esas aguas con nuestras groseras humanidades?

—¿Me habla usted a mí?

—¡Rara la pregunta! ¿A quién, pues? ¿Qué significa ese gesto... de limón agrio? ¿Dura aún el enojo?

—¿Enojo? Dolor, querrá usted decir. ¿Para qué me habla usted, si soy incapaz, — ¿oye bien? — incapaz de comprenderle?

—Sara...

—Déjeme usted, Guillermo.

—¡A cruzar el río, muchachos! Vamos, vamos.

—No, niña, Hay que desensillar primero, para que resuellen los animales y después recién "bandearemos".

Se echó pie a tierra. La caballada libre de arreos sacudió su fatiga, y apenas transcurridos unos minutos de descanso se ensilló de nuevo.

—¡Cuidado con las cinchas! Ajústenlas bien — advirtió el guía. Y con Luciano, maestro también en las artes camperas, revisó y reajustó monturas y recádos para tranquilidad de todos.

Pasaron ellos, primero, tanteando el vado, sin percance alguno. Sólo perdió pie la mula de Lisandro al pisar la musgosa lápda, pero ágil y avezada, de un salto pasó a la inmediata piedra, ahogando en germen la alarma de los espectadores que aguardaban su turno en la orilla.

Siguieron los demás, uno tras otro, con mayor o menor dosis de emoción según sus nervios; y ya avanzaban libres de zozobras para escalar el pequeño cerro interpuesto entre el vado y las cuevas, cuando un grito de horror lanzado por Lucrecia, advirtió a la cara-

vana de la catástrofe que se acababa de producir en pleno cauce del turbulento arroyo.

Guillermo, arrojado por el caballo contra el torbellino de piedras, desaparecía en ese instante en el círculo verdinegro abierto entre ellas como fauce horrible de un monstruo, mientras el bruto, espantado, libre el lomo de jinete y de montura, huía de la muerte, aferrándose a las peñas hasta con los belfos.

—¡Lisandro, Lisandro! ¡Luciano, Luciano! salven a Guillermo ¡sálvenlo! — gritaba Sara en crispaciones de pavor espantoso — ¡Lisandro! ¡Luciano! ¿Qué hacen ustedes los hombres! ¡Cobardes!

Vanos sus gritos: el terror había paralizado todos los movimientos. Hasta las cabalgaduras semejaban inmóviles rocas clavadas en el flanco de la sierra. Sólo Sara, enloquecida por el incontenido dolor, saltaba de su silla para correr desesperada hacia las aguas trágicas.

—¡Guillermo... Guillermo! — repitió con desgarradora voz. — ¡Guillermo!

Diez metros más abajo del antro verdinegro, entre las espumas, con la huella del supremo horror grabada en la faz, como al conjuro de esa voz suplicante de mujer, surgió de pronto Guillermo, abrazado aún a la montura a la vez traidora y amiga, luchando con el afán de todas las angustias, contra el pulpo misterioso que aferrado a sus pies le hundía en el abismo.

—Sara! — pudo exclamar aún entre anhelantes esfuerzos. ¡Sara!

—¡Sí! ¡Sí! Guillermo: yo soy: Sara, Sara... y avanzaba la infeliz ya en plena inconsciencia, sublime en su trágico gesto, hacia el borde de las peñas suspendidas sobre el torrente.

—¡Guillermo! ¡Guillermo! — repetía.

Y esta vez reapareció de nuevo veinte metros más allá, lanzado por las aguas contra los cantos rodados de la orilla.

Como un cadáver tendido sobre el mármol del anfiteatro, el yerto cuerpo quedó sobre una blanca losa, con el céreo rostro iluminado por el brillante sol meridiano, mientras aun su diestra hundía las uñas en el cabezal de la salvadora montura.

La fiera había perdonado a su presa. El índice del Destino no señalaba aún para Guillermo la meta de su existencia.

Iba Sara conmovida a lanzarse sin duda sobre el frío cuerpo, cuando la voz de Luciano, más que la presencia de los demás, la contuvo.

—¿Qué vas a hacer, Sara? ¿Estás loca? — y la apartó del lugar con gesto suave pero enérgico.

Pasado el momento de estupor, corrieron todos hacia Guillermo. Sometido a algunas fricciones y estimulado con unas gotas de alcohol, pronto retornó en sí, devolviendo la tranquilidad a sus compañeros de excursión, aunque no la alegría tan intempestivamente turbada por el ingrato suceso.

—Volvamos a casa — indicó Lucrecia.

—Volvamos; volvamos — apoyaron los demás.

—¡No! De ningún modo — exclamó Guillermo. — Todo pasó. No faltaba más que por un susto sin consecuencias hubiera de aguarse la fiesta. Ya estoy bien. Hagan fogón y preparen el asado. Yo con unos amargos concluiré de retemplarme.

No hubo medio de disuadirlo. Mostrábase además tan animoso que nada hubiera justificado la defección.

Se cruzó el pequeño monte y el segundo brazo del arroyo, y al pie de la famosa Cueva de los Leones acampó al fin la caravana, dispuesta a reanudar el quebrantado jolgorio.

Pepe Reinoso, con su humor de bondad y salud, presto hizo olvidar a todos la breve pero horrenda escena.

Reanudada la veta inagotable de chistes y cuentos, guardó cada cual en el fondo de las intimidades penoso recuerdo y nadie mezquinó su contribución al caudal de alegrías, empeñados en restaurar los gratos auspicios en que se iniciara algunas horas antes la jornada.

Guillermo, solamente, tendido en lecho de hojarasca reposaba substrayéndose al bullicio, aunque tratando de disimular su estado de ánimo asaz lamentable después de la violenta conmoción sufrida.

No era sin embargo, Guillermo único en el fingimiento. Otros rostros contraíanse también tristemente al sonreír. Sara... Luciano... Lisandro.

La tormenta vibraba todavía en los espíritus.

—¿Se encuentra usted mejor, Guillermo?

—¡Sí, Sara! Gracias. Los mates me han templado. ¿Dónde está la gente?

—Buscando helechos.

—¿Me permite una pregunta?

—Las que usted quiera.

—Dígame, Sara. ¿Por qué me llamó usted, cuando iba a satisfacer, al fin, mi dicha mayor, la de liquidar mi vida?

—¿Qué yo le he llamado a usted? ¿Cuándo?...

—No lo niegue, Sara. Entre las angustias de la muerte, yo he oído su voz bien distinta y sonora. A ella se aferraron mis energías. A ella se adhirió mi vida. Por ella salí a flote y vencí las aguas en el límite de la nada. ¿No responde usted? ¿Por qué me lo niega?

—No se fatigue, Guillermo,... no se fatigue...

—Por qué ese empeño en deslizarse entre las mallas de mi red que es de pura luz, tejida toda en esperanzas y anudada en tanto dolor?...

—Olvida usted pronto. ¿No recuerda que... hasta yo soy también una mujer... del montón? Esas no le hacen a usted falta. Le sobran.

—¿Por qué se complace en repetir lo que sabe que ha de herirme?

—Bien, Guillermo; no hablemos de eso; se lo ruego. Descanse usted. Yo también... necesito descansar.

—¿Por qué no me cuenta cómo le ocurrió a usted el accidente? ¿De qué se espantó el caballo? ¿O perdió pie?

—Sea lo que usted quiera, Sara. Voy a responderle aunque yo tampoco sepa con exactitud lo ocurrido. Recuerdo que al dar el caballo el primer salto de cierta importancia en medio del cauce, se rasgó algo del "apero": el correón, la cincha... no lo se aún. El caso es que se me deslizó la montura, y yo con ella. Después, agua, piedras, muchos giros en la nada... su voz... sí, su voz Sara...

—No volvamos...

—Y a propósito: voy a examinar la montura; no me explico cómo pudo haberse roto.

—No se mueva, Guillermo. Voy a alcanzársela. Quédese quieto y se hallará bien para la vuelta.

A pocos pasos estaba la montura secándose al sol. Sara se puso a examinarla con detenimiento.

—La cincha está sana — dijo. — Es uno de los correones que se ha roto.

—Me lo figuraba.

—Mas ¿qué significa esto? — exclamó de pronto Sara con acento de ruda sorpresa. Guillermo ¡venga! ¡venga!

—¿Qué hay?

—¡Esto es horrible! La correa está efectivamente rota, pero la

rotura ha sido iniciada a cuchillo de tal modo que el más mínimo esfuerzo el cataclismo fuera inevitable.

—Efectivamente: ha sido preparado con inteligencia digna de mejor causa.

—Pero ¿por quién, Guillermo? ¡Esto es espantoso! ¿Quién le cinchó a usted el caballo antes de cruzar el arroyo?

—No lo recuerdo, ... Lisandro... Luciano... tal vez yo mismo...

—Pero eso... ¡no puede ser! ¡no! ¡no!

—Sin embargo... así es. Mire usted, Sara, otras marcas de cuchillo. El pulso ha vacilado. Primero se ha querido cortar más abajo. Quizás se temió que el daño fuera visto a tiempo, y se hendió el correón más arriba, donde permaneciera oculto.

La intención delictuosa era evidente.

Sara, presa de intensa agitación nerviosa, pálida y fría, no acertaba sino a repetir con acento de espanto:

—¡No... no puede ser! No puede ser. Eso sería horrible.

—Sara — ordenó Guillermo — que nadie se entere de lo ocurrido.

—Toque, toque, don José — decíale a Reinoso tendiéndole su blanca mano, la francesita. Tóqueme el pulso; todavía me salta, *mon dieu*. Y el amigo artista aceptando el papel de galeno, oprimió la bien torneada muñeca de Luisa, por largo rato.

—¡Bah: no es nada, señorita. Ahora con unas costillas de chivito desaparecerán todas las nerviosidades.

—Ahí tienen ustedes a la frustrada víctima "regaloneando", un poco "jabonada" todavía, pero con el diente dispuesto. ¿No es verdad, Guillermo?

—Sí... sí...

—Y ustedes cazadores de... helechos ¿qué han traído? ¿tienen hambre?

—Francamente, confieso que no tengo mayor apetito.

—Cosa excepcional en ti, Luciano. Es eso muy raro.

—Es cierto, Sara. No siempre se está del mismo modo.

—En cambio yo les garantizo — dijo Mayor — trataré de reemplazar a todos los inapetentes juntos. ¿Y usted Lucrecia?

—Le admiro la calma y se la envidio. Aunque quisiera ya no podría estar yo tranquila después de lo pasado.

—¿Y quién piensa en eso? Ahora a comer. Después una siestita, y hecha la digestión a completar el programa con la visita a esas cuevas que nos aguardan. Los flojos que se queden. ¿Verdad, Guillermo?

—Sí... sí. ¡A comer! No sean ustedes agua-fiestas. Aquí el único con derecho a estar fúnebre soy yo... y ya me ven... ¡A comer, pues y ¡a reír!

Durante el almuerzo criollo, alrededor del fogón, pusieron todos particular empeño en disipar las sombras de tristezas que impregnaban el ambiente, derrochando díceres amenos y cómicas chanzas. Con apetito, o sin él, desapareció de los asadores en pocos momentos hasta el último resto del bien condimentado cabrito, y luego el serrano queso y los sabrosos duraznos que completaban el menú campero.

Apenas diseminada la caravana, a la sombra de los cocos y los molles que rasgando la piedra elevan allí sus troncos retorcidos y sarmentosos sobre la margen del arroyo, haciendo lecho mullido en la hojarasca acumulada por el tiempo, los excursionistas dormitaron a pierna suelta.

Sólo el guía, sentado en lo alto de un peñasco, con su aludo chambergó sobre el rostro, siempre impassible como una esfinge, vi-

gilaba el campamento, en tanto seguía con mirada indecisa y vaga la azulada espiral de su grueso cigarro de hoja.

También otros velaban, pero éstos turbados, Dios sabe por qué huracanes interiores.

—¿Duermes, Sara? — susurró Luciano acercándose muy quedo al lugar donde ella descansaba.

—No; no duermo. ¿Y tú, no puedes reposar?

—No, Sara, me es absolutamente imposible.

—Me parece que estás... algo anormal.

—Quizás sea así. Y sentándose a su vera, con voz temblorosa, velada por rara emoción, prosiguió:

—Sara ¿quieres escucharme? Tengo necesidad impostergable de hablarte.

—¡Jesús! Tu solemnidad me sorprende. Nunca te he visto así y bien sabes que hace muchos años que nos conocemos.

—No, Sara; no bromees. Necesito invocar toda esa vieja amistad; el amor de nuestros padres; el cariño ingenuo y fraternal que vinculó nuestras infancias; el recíproco amparo que nuestras adolescencias se prestaron; el afecto jamás interrumpido que siempre ligara nuestras vidas apartando secretos de nuestra senda común. Necesito que me digas la verdad, sea cual fuere: ¿amas a Guillermo? Y clavó su mirada penetrante y escrutadora en los ojos de Sara.

—¿Le amas? ¡Contesta!

Como entre sueños Sara balbuceó: — “Convertirla... en el cáliz... de nuestro... rocío... espiritual”.

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Es difícil, Luci, que me entiendas.

—¡Oh! contesta a mi pregunta; contesta por favor.

—¿Y si te dijera que no le amo?

—Habrías hecho la felicidad de mi vida.

—Ahora soy yo quien no entiende.

—Sí, Sara; me entiendes; debes comprenderme. Escucha. No somos dos jovencuelos soñadores que hayamos menester escala de ilusión para conquistar una felicidad que tenemos al alcance de la mano, y que nos invita a adueñarnos de ella sin esfuerzos.

Mi soledad, hasta hace poco quizás cómoda y grata de solterón, comienza a recordarme que la vida es una parábola y que yo estoy descendiendo ya su arco terminal.

Mis camaradas van desapareciendo de la rueda uno tras otro absorbidos por el tentador hogar, y llegan ya para mí noches frías, en que todo el *comfort* y todo el dinero no alcanzan a entibiar mi alma con una chispa de sano placer.

Tal vez, tú también, Sara, hayas sentido esta penosa soledad, a pesar de las suaves caricias de tu santa madre y de la embriaguez del saber que te subyuga...

—Quieres decir, Luciano, que te sientes viejo ¿no es verdad?

—¡Sí, Sara! más que por los años por la angustiada soledad en que vivo.

—¿Y fui yo, acaso, la culpable de que dispararas tu juventud dorada, malogrando el tiempo, en vez de contribuir con tu bienestar material a la felicidad de una mujer?

—Creí, en verdad, que lo primero era conquistarse una posición para después conquistar una esposa.

—Por el dinero ¿no?

—No digo eso. Tú sabes bien lo que yo intento decir. Sara; no somos niños. Contesta. ¿Quiéres ser mi compañera? ¿Me escuchas?

—Te he escuchado, Luciano; y he oído algo más que tus labios no han dicho, pero sí tu conciencia. Voy a responderte.

Hasta hace un instante eras aún para mí, el mejor quizás de los amigos.

—Quiere decir que si *era aún*, ya no lo soy.

—No sé. Escucha. Yo también voy a hablarte a cara descubierta, por lo mismo que, como tú dices, no somos niños.

Te consideraba el mejor de los amigos, sí bien, te lo confieso, contemplándote en el plano común de los hombres buenos, incapaz de brillar con luz propia e incapaz también de...

—¿De qué? ¡Concluye!

—Tu sibaritismo de solterón no era excepcional. Sois tanto los que esperáis la vejez para recién entonces buscar lo que no supisteis hallar a su debido tiempo, que no podía preocuparme tu existencia vulgar de hombre de club. Te estimaba y... nada más. Eramos dos paralelos.

Luego, al descubrir en tus sienes las primeras hilachas de decrepitud, sospeché también el despertar de tu pasión tardía, y hoy, en esta mañana para mí raramente trágica, he concluido por comprender todo y conocer el último repliegue de tu alma enferma de sordido egoísmo.

—¡Sara!...

—Luciano: ya te he dicho que hablaría con sinceridad. Soy mujer hecha y derecha: no una mocosuela inexperta o mojegata y puedo y debo hablarte así.

Tengo ideas concretas y claras respecto al matrimonio. Entiendo que su finalidad es grande y única: perpetuarse al través del tiempo, plasmando no materia solamente sino espíritus. Hijos son, a mi ver, no los organismos que tienen derecho a ostentar el propio apellido, sino las almas que reflejan la propia alma de los padres.

—Y bien, Sara...

—¿Y crees tú, acaso, que cuando se enfría un astro puede engendrar estrellas? A lo sumo serán meteoritos informes que vagarán por el espacio. La humanidad está demasiado llena de meteoritos.

—Páreceme Sara que exageras: La ancianidad está lejos todavía de nosotros, por fortuna.

—Más lejana está la juventud y es en ella cuando se puede crear. En el estío sazonan los frutos, pero la flor se abre en primavera.

—Acepto, Sara, si así quieres que sea, en otros casos; en el nuestro, existe ya lo principal: nuestro vieja intimidad...

—Mira, Luci; es vano tu empeño. Cualquier cosa antes que incurrir en tal error. Además, Luciano, cuando se llega al zenit de una vida intensamente vivida como la mía, el vulgarísimo halago de una hogar burgués, muy tibio y muy plácido, beatíficamente plácido, con perspectivas de catarros y de tisanas para el señor que sufre achaques de... juventud, resulta tan menguado que no vale la pena canjearlo por un átomo de esa libertad hermosa que es el caudal más valioso de mi cuerpo y de mi alma.

—De todos modos, Sara ¿me permites esperar?

—¿Esperar qué? ¿Amores... platónicos? ¡Si aunque me sintiese Beatriz o Laura tú jamás podrías ser mi Dante o mi Petrarca!

—No me hubieses respondido así hace un mes.

—¿Hace un mes? ¿Por qué?

—Porque... vergüenza casi me da el decirlo, tú amas a ese... Guillermo.

—¿Y si le amara?... vergüenza... ¿de qué?

—¿Sabes tú, acaso, quién es ese hombre? ¿ese advenedizo?

—Sé... que es un corazón demasiado grande para latir al unísono con el de ustedes. Sé... que es un cerebro demasiado alto para que ustedes lo alcancen.

—Has perdido, Sara, la noción de tu buen sentido.

—Lo que no he perdido es la luz de mi criterio, suficientemente clara para no extraviarme en cualquiera de los senderos de la vida. Ya se lo he dicho a usted Luciano: es usted incapaz de descubrir en la mujer algo más que lo que aprecien sus sentidos.

Hemos terminado. ¡Déjeme, usted ya!

Poco a poco, el tono de las voces se había levantado hasta llegar distintamente al oído de Guillermo y aun hasta el mismo guía que asombrado escuchaba la áspera greña entre sus viejos amigos, a quienes viera años atrás siempre fraternalmente unidos en serena comunidad exterior.

A punto estuvo Guillermo de saltar a la arena en defensa de Sara, mas la honda turbación sufrida le mantuvo clavado en el improvisado lecho. Y de nuevo cerró los ojos, pensando en voz alta: “¿Será ella... el cáliz en que pueda verter mi espíritu las perlas de su rocío?”

—Lisandro ¿has oído mi conversación con Sara?

—Sí, niño Luci.

—No vas a decir de eso nada a nadie.

—No tenga miedo, no he de...

—Esta mujer está loca, Lisandro. Yo no sé que pasa por esa cabeza antes tan equilibrada y serena.

—¡Don Guillermo! niño Luci ¡don Guillermo! Yo lo vide desde el día mesmo en que llegó al pago. ¡Y tan buena que era la niña! Malhaya el llanero... Y crispó los puños.

—¡Silencio, Lisandro! ¡Ahí vienen.

—¡Niños! Basta de dormir y a las cuevas. ¿Vamos Lisandro?

—Cuando guste, Don Reinoso.

—Pues ¡arriba! los que quieran ir, porque ya es preciso pensar en el regreso.

A pocos metros de altura, en el zócalo del murallón de piedra que flanquea la margen derecha del arroyo, ábrese entré breñas, una estrecha hendidura por la que con dificultad puede introducirse un hombre de mediano volumen.

Quien intente completar la pintoresca excursión a Laguna Brava con su mejor atractivo que es la visita a la renombrada Cueva o Gruta de los Leones, debe disponerse a reptar un poco.

El acceso a su primera cámara o “sala”, como la llaman los del lugar, se efectúa por un plano bruscamente inclinado que parte de la mezquina puerta y que, por su forma de tubo nó menos estrecho, no permite otra posición más cómoda.

Una vez introducido el tronco en la extremidad del tenebroso vestíbulo, difícil es volver hacia atrás aunque sobren impulsos de arrepentimiento.

Precedido por el guía, que abre el paso provisto de una pequeña linterna eléctrica, sobrecógese el ánimo del espectador ante esa rara obra de la naturaleza oculta en la entraña del cerro, donde reina sólo sombras y silencio misteriosos que se insinúan en los propios nervios como una corriente helada, provocando crispaciones incontenibles, mezcla de admiración y de miedo.

Al llegar al primer salón, no todos se sienten ya con ánimo de proseguir el ascenso por nuevos corredores y rampas para explorar las nuevas salas. Con ser tan breve el trayecto recorrido y tan cómoda y grata la estada en el sitio, la voluntad vacila y la curiosidad se agota.

Las mujeres optan allí por retirarse escurriéndose sobre la catacumba en busca de aire; de luz, y sobre todo de tranquilidad.

En vano los más animosos, el guía y Luciano, pretenden convencer a los demás, asegurándoles la ausencia de todo peligro. Sólo se resuelven a avanzar por la rampa hasta la segunda sala que se despliega algunos metros más arriba y más hacia el corazón del monte, Mayor, Reinoso y Guillermo.

Se encienden velas llevadas en prevención, y a su indecisa luz descúbrense las desnudas bóvedas de policromas rocas por cuyas grietas asoman negros murciélagos, únicos moradores de aquel antro que otrora quizás fuese mansión y baluarte del primitivo antecesor humano, rey de las sierras y los valles de la comarca.

—Anímese, pues, Don Guillermo. Vamos a la otra, usted que gusta de esas cosas.

—¿Por qué no, Lisandro? A eso he venido a Laguna Brava: a visitar las Cuevas. Vamos.

—¿Ya se siente usted bien, Guillermo?

—Perfectamente, don Pepe. Conste que son ustedes más flojos que tabaco "aventado"...

—¡Qué le vaya bien! A mí...

—Cómo cuida usted el arte! Hace bien: la patria necesita de sus pinceles. Preparen, en tanto el Kodak y el magnesio para la vuelta.

Comenzó la difícil ascensión.

Adelante marcharon silenciosos Luciano y Lisandro, prácticos ambos, alumbrando intermitentemente la senda cada vez más abrupta y estrecha, con la linterna de bolsillo, para mostrar el camino a Guillermo que les seguía a distancia.

Sus miembros no habían aún recuperado la firmeza necesaria, pero la fuerza de voluntad bastábale para preparar por la grosera escafa, no sin resbalar a menudo, empeñado en conocer la rara caverna entre cuyas tinieblas apenas rasgadas por el amarillento haz eléctrico parecían vivir una página de Verne o de Salgari.

—Nos quedamos sin luz, don Guillermo; la linterna no da más; pero el trecho que resta es bueno. Suba, nomás, sin miedo. Siga derecho.

—No importa; ya alcancé a ver el pedazo que falta y está limpio. Tanteando la pared es casi mejor que con luz.

Lentamente, Guillermo siguió por la estrecha galería hendida en la peña, confiado en su instinto y en su tacto.

De pronto, apenas alcanzada la mitad del trayecto ya explorado, creyó advertir casi a sus propios pies extraño chocar de piedras primero, rumor de quedós pero precipitados pasos luego.

Contuvo el aliento y escuchó; mas el silencio había tornado a restablecerse.

Instintivamente dió voces llamando a sus compañeros: ¡Lisandro! ¡Luciano!...

—Aquí estamos — respondiéronle desde lo alto de la rampa — ¿qué hay?

—Nada... nada. Sin embargo, él había oído; no eran sueños; estaba bien despierto.

La zozobra le detuvo. Encendió un fósforo y alumbró el sendero. Ahí, a pocos centímetros de su planta, abriase horrendo precipicio, y a su lado aun oscilaba el bloque de granito que segundos antes una mano misteriosa arrancara de su lugar.

Un paso más en las tinieblas, y el abismo habría guardado para siempre el secreto del incomprensible crimen.

Un frío sudor inundó su frente; sintió Guillermo que todo giraba a su alrededor y alcanzó a comprender que sus energías físicas iban a faltarle.

—No puedo más. ¡Me vuelvo! — consiguió exclamar, y tam-

baleándose como un ebrio, descendió la rampa, logrando apenas llegar hasta la sala inferior en la que aguardaban sus compañeros, cayendo sin sentido antes que pudiera pronunciar una sola palabra explicativa.

La caravana marcha ahora silenciosa en viaje de retorno, mientras el sol declina, próximo a traspasar la línea violeta de la lejana cordillera.

No repite el valle los ecos juguetones de risas y cantares, como en la mañana alegre cuando sus primeras luces la vieron partir de la aldea camino de la sierra.

Sombras de vaga melancolía envuelven los espíritus y nadie ríe ahora, nadie canta, como si la pesadumbre interior de los unos gravitara sobre todos.

—¿Va usted bien, Guillermo?

—Sí; gracias; voy bien, Pepe. Ya les he dicho que no hay para tanta alarma. El accidente de la mañana..., luego no haber comido... después... el enrarecimiento del aire en la gruta... he ahí todo. Cuéntenos usted algo alegre; es necesario reconquistar el buen humor, don Pepe.

—Le confieso que no me han quedado ganas de hacer chistes, Guillermin, con tanto susto.

—¡Pobres amigos míos! ¡Cuánta molestia!

—¡Bah! Salvadas las consecuencias, aquellas poco importarian.

—¡Pero si yo estoy bien! Se empeñan ustedes en hacerme enfermo, y me encuentro absolutamente sano. En cambio me parece que las niñas...

—Las niñas vamos perfectamente, Guillermo, lamentando sólo que no se haya usted muerto de veras, para jugar a prendas en el velorio, esta noche.

—¡Jesús Lucrecia! La familia agradecida.

—No hay de qué. ¿No te parece así, Luisa?

—¡*Mon Dieu!* Cállate mujer; no hables más de esas cosas que me atacan los nervios. Yo sí que me siento enferma: en cuanto llegue, a la cama.

—Y tú, Sara, ¿en qué piensas?

—¡En nada!

—¿En rada o en mucho? Te conozco, primita; te conozco. Adelántese usted don Guillermo, y saque de su mutismo a mi Sara.

—Con agrado, Lucrecia; pero falta saber si mi compañía va a resultar contraproducente.

—¿Qué dice usted a eso, Sara?

—Que... necesito hablar con usted. Procure quedarse rezagado; yo haré otro tanto — dijo en voz baja a Guillermo.

—¿Ha visto usted, Lucrecia? Su primita no desea mi compañía. Opto, pues, por la retirada.

—No haga usted caso y... perseverere. Yo sé lo que le digo. Les dejé a ustedes, quiero galopar un poco.

—Guillermo, nadie nos escucha, quiero que usted me diga lo ocurrido en la Cueva de los Leones esta tarde. Su... síncope me resulta inexplicable. Al ser sacado de allí, traía usted el terror este-reotipado en el rostro y me ha bastado verle para que un mundo de sospechas me oprimiese y me angustiara. ¿Qué le ha pasado allí, Guillermo?

—Nada... de particular.

—¿Nada? Su misma turbación me convence de que no es así, Guillermo. Mis sospechas se arraigan con su evasiva.

—Cuidado, Sara. Ya vienen a buscarnos. Nos escuchan.

—¡Malditos sean! Bien: le aguardo esta noche. ¿Vendrá usted?

—¿No le será a usted molesto?

—¡Guillermo!... Ahora soy yo quien necesita hablarle. Se lo ruego; se lo ruego...

—Bien, Sara; iré.

¿Cuántas horas había dormido Guillermo? Lo ignoraba.

Apenas libre de sus compañeros de excursión, encerróse en su celda del hospedaje, advirtiéndole que no le llamaran para la cena, con el pretexto de necesitar reposo cuando en verdad deseaba que se diera a solas consigo mismo para rever los acontecimientos de la penosa jornada.

Más que la voluntad pudo la fatiga. Vencido el organismo, el sueño emprendió su obra reparadora, abriendo paso a la calma.

La fosforescente esfera de su reloj americano le anunció la primera hora matinal. ¿Tan tarde era?

Creó que aun soñaba; que aun le perseguían las turbias pesadillas.

Se incorporó y asomándose a la ventana abierta sobre el barranco, consultó la noche: el reloj no mentía.

Reinaba el silencio en la quebrada. Sólo como un eco lejano, entre los murmurios de las aguas retozonas y las melodiosas disonancias de la naturaleza noctámbula, sintió llegar hasta sus oídos como una caricia, suaves acordes de familiar canción. Eran sus propias estrofas.

—¡Sí! era ella que le recordaba articulando su nombre en las dulces vibraciones de su guitarra sensible como un corazón de mujer.

Era ella que le aguardaba aún.

—¿Iría? ¿Para qué?

Roto el cordaje de sus energías morales aquellas notas filtradas al través del misterio conmovieron su espíritu.

Arrojóse sobre el lecho, y al través de las pupilas resacas y abrasadas como su frente, vió desfilar en un instante la oscura película de toda su existencia azarosa. La niñez breve y lejana; la orfandad helada y triste; el afán de Icaro en el alma juvenil; la lucha interminable; el esfuerzo agotador; el difícil triunfo; el desencanto fácil; la gloria, el amor, el ideal;... luego, más ansias, más ansias avivadas por el eterno mal del ensueño.

El eco volvió a traer a sus oídos las dulces notas de la guitarra lejana, insinuante como una invocación.

Vaciló aún Guillermo. ¿Iría? ¿A qué ir? ¿Para qué prolongar la cinta oscura y dolorosa con un episodio más?

Siga el bohemio su senda hacia el Gólgota cuya cima enrojecen los soles y las lunas, y quédan tranquilos en el valle los que para vivir en él nacieron.

.....
"Querido Pepe:

A usted que me conoce, no le sorprenderá mi imprevista partida.

Tengo necesidad de urbe. No he querido molestarles despertándoles para tener el agrado de despedirme a hora tan intempestiva.

Son las tres de la mañana. Quiero llegar a tiempo para tomar en Biale el tren matinal.

Desde allí le haré devolver el caballo. Pídele me envíe por la mensajería el equipaje.

Despidame de todos, y perdone al amigo rarezas y molestias. Le espero con el otoño. Adiós, amigo.

Guillermo".

Ps. — Ruégole entregue la adjunta carta a Sara. Gracias. — G.

"Sara:

"Pepe Reinoso explicará a usted mi partida.

"¿Por qué me voy? ¿Por qué no acudí a su perentorio llamado?

"¡Perdóneme! Recuerde aquellas estrofas en las que usted quiso una tarde, que yo virtiera la expresión honda y sentida de mi mundo interior.

"Como un trashumante
viejo mendicante,
cual judío errante,
sigo yo un camino,
el camino largo,
penoso y amargo
de oscuro destino
.....

"¿Las recuerda?

"Pues bien; seducido como inconsciente mariposa por la llama fatal, olvidé ese hado, interrumpí una jornada que debe ser eterna; torcí una ruta que debe ser rectilínea, creyendo haber hallado la meta ideal donde florece "el cáliz de oro en que pueden los poetas verter el rocío de sus ensueños" y la protectora selva donde los lobos son hombres y los hombres no son lobos.

"¡Iluso!

"Bajo el bloque de albo mármol que tantas veces vimos allá en la sierra coronar la cumbre, como si guardara el cincel de la Gloria para ofrendar su pureza, anidan el "chelco" perverso y la sierpe repugnante. Cuando puse mi mano sobre la flor, saltaron las alimañas.

"No sé lo que usted, Sara, pudo decirme anoche. Quizás lo adivino; prefiero no haberlo oído. Si hubieron de ser palabras de dolor ¿para qué quiero más? Mi copa desborda. Si de dicha ¡mi copa estallara!

"Perdone al pobre bohemio, que cobarde reanuda su peregrinar interminable, y si alguna vez es usted feliz olvidelo también: los seres felices no deben turbar su dicha con el sombrío recuerdo de los desgraciados que les tendieron la mano.

"Le dejo mis estrofas; no las cante: musítelas como plegaria. Tal vez así llegue hasta mí el eco de su voz cuando la fatiga me rinda al borde del camino desconocido.

"Adiós, Sara. Gracias por los instantes de felicidad que su espíritu selecto brindó al mío; estéril y sediento.

Guillermo".

Como si en ella fuera algo de su propia existencia, largo rato permaneció Guillermo contemplando con mirada de incontentida angustia, las tortuosas líneas de esa carta.

A punto estuvo varias veces de rasgarla y lanzarse al camino en busca de la dulce voz que entre las sombras invocaba su promesa; pero algo raro sostenía en la intimidad otrora débil de la propia conciencia, la energía necesaria para mantener la resolución tomada.

No; no iría.

¿A qué tentar un nuevo amor después de tantos desengaños?

¿No sería aquella una mujer más, incapaz de comprenderle en sus magníficas extravagancias de soñador incorregible?

¡Eran demasiado hondas las huellas que el sufrir había puesto en su faz envejecida, para intentar la reconquista de la dicha!

Cerró las cartas, y las arrojó a la habitación inmediata donde bien ajeno al obscuro drama íntimo, descansaba el amigo Reinoso.

Las naves estaban quemadas. Podría arrepentirse de lo resuelto, más no deshacer lo hecho dejándose vencer por el tentador atractivo.

En silencio, como un delincuente que huye en busca de salvación, hizo Guillermo los breves preparativos de su fuga.

Ensiló a la ligera el manso caballo que dormitaba en el vecino corral, y puesto ya el pie en el estribo, sintió que algo más que sus piernas flaqueaban ante la proximidad efectiva de la separación.

Aun vibraban en el sereno ambiente las dulcísimas canciones de aquella mujer que quizás le aguardaba, loca de amor, para confundir el alma con la suya, en deliquios de pasión suprema.

Lloraba aún la guitarra suavemente, a media voz, congojas que su oído habituado al lamento, no podía dejar de comprender en toda su elocuencia.

La prueba era demasiado dura.

Echó pie a tierra, y dejó caer su calenturienta frente sobre la cruz del bruto, abrazándose a él como al cuello de un amigo capaz de compenetrarse y dolerse de su pena.

Entonces, como la guitarra amiga, lloró él también, pero sin que nadie recogiera su ahogado gemir, ni secara sus lágrimas evaporadas en el propio fuego de sus mejillas.

Sintió ansias de verla por última vez. ¿Por qué negarse esa fácil satisfacción? Sí; iría a la otra margen del arroyuelo que lo separaba de la Casita Blanca.

Protejido por la densa sombra del saucedal le sería posible llegar hasta muy cerca de ella y desde allí saciarse en su contemplación oír de nuevo su voz, percibir casi el suave temblor que agitaba sus nervios y el tumultuoso latido de su corazón anhelante...

Iría, para sentirse reconfortado y poder reanudar el hilo de su vida con un poco más de calor en el alma casi yerta.

Descalzo, para no descubrir su presencia, agazapándose entre el malezal del sendero, avanzó Guillermo con paso vacilante hacia la estrecha hondonada por cuyo fondo corría tortuosa cinta de plata nacida a poca distancia entre las primeras estribaciones de la sierra.

El vago lumínar de la noche multiplicaba las sombras, poblando de fantasmas la visión confusa del panorama.

El rodar de un pedrusco, el crujir de una rama seca, o la huída precipitada de una alimafia, eran ruidos que en la soledad emocionante de aquella hora, adquirirían sonoridades misteriosas repercutiendo en ecos de congoja en el sobresaltado espíritu del infeliz Guillermo.

Repetidas veces se contuvo, palpitante de zozobra, creyendo haber oído tras de sí rumor de pasos, y otras tantas veces se burló de sí mismo, al comprobar que era víctima de falsas impresiones surgidas de la propia inquietud.

Al despuntar el barranco para iniciar el brusco descenso hacia el cauce del arroyito, alcanzó a ver al través de tupido muro de álamos, a la amada mujer, en la penumbra del estrecho corredor de la Casita Blanca.

Al fin volvía a contemplarla... ¡por última vez! ¡Sí, por última vez.

Allí estaba, aguardándole sin duda.

Entre sus brazos, oprimía la guitarra, como si en su sonora caja palpitase un corazón capaz de sentir sus efusiones.

Con la mirada clavada en el espacio, parecía escrutar en el misterio de las estrellas lejanas, buscando en ellas respuesta al insó-

lito. desdeñ del hombre amado que de tan raro modo ponía a prueba su orgullo de mujer y su dignidad de enamorada.

¡Oh! ¡qué hermosa estaba! ¡y esa mujer podría ser de otro! Por su culpa; por su cobardía...

Estaba al alcance de su mano. Era suya, bien suya; no tenía ya porque dudarle.

Sin embargo... debía volverse para emprender la huida.

Por segunda vez sintió Guillermo derrumbarse todo el pedestal de sus energías, y la atracción fué tan poderosa que a duras penas pudo contener el grito que la emoción anudó en su garganta, llamando a la mujer querida.

Resuelto a todo, ciego, juguete ya de la tempestad interior que le arrastraba locamente hacia ese nuevo rumbo imprevisto e ignorado, precipitóse por la tosca escala labrada en el abrupto flanco, dispuesto a correr hacia Sara, a arrojarse a sus plantas en demanda de perdón por la agravante espera, y a dejarse llevar por la corriente del Destino, hacia sus mares ignotos.

¿Por qué oponerse a la ciega voluntad de los acontecimientos?

—¿No se amaban acaso?

Y mientras descendía a tientas por el escarpado barranco, sus labios repetían ya con voz claramente perceptible: ¡Sara! Ya voy... ya voy... ¡sí, ya voy!

En el momento preciso en que tendía el paso sobre el minúsculo hilo de agua para cruzar a la opuesta orilla, creyó Guillermo que en lo alto del parapeto natural que acababa de franquear, alguien había pronunciado su nombre.

Sorprendido, se contuvo y al volver hacia allí la mirada, con el oído atento, alcanzó a adivinar, más que a ver dos sombras que se escurrieran tras el peñasco percibiendo aún con suficiente claridad misterioso cuchicheo. ¿Quiénes eran?

¿Se ocultaban de él para vigilarle o simplemente para no ser vigilados?

¿Quizás alguna aventurilla veraniega!

¡Bah! ¿Quién podría detenerle? Y como de nuevo imperara el silencio rumoroso de las aguas, saltó Guillermo el breve cauce y...

Un ténue haz de luz rasgó de pronto las tinieblas del pequeño abismo, alumbrando de lleno el atónito rostro de Guillermo; y por el haz, como por un plano inclinado tendido en el vacío, descendió desde la cresta del ribazo, cual proyectil lanzado por enorme catapulta, colosal peñasco,

Una sombra se diluyó bajo la mole.

Crujió un cráneo.

Rujió la piedra su dolor inconsciente.

Gimieron las aguas.

Las tinieblas restauraron presto su imperio en la hondanada y las estrellas siguieron su curso allá en lo alto.

Asustado un *alicuco* batió sus alas y graznó téticamente desde su atalaya en la cima de un sauce.

Los pajarillos temblaron en sus nidos.

Al alcanzar la cresta de la alta sierra lejana las primeras luces del albor matinal, trocando las tinieblas en penumbra incierta, desde una casita blanca incrustada entre breñas sobre los peñascales que bordean el arroyo, ojos de mujer entumecidos por el insomnio escrutaban el vacío.

En tanto, allá en las sendas de la loma, dos hombres, inconcidentes como las hojas que el huracán arrastra, marchaban hacia opuestos horizontes empujados por la mano del Destino: Luciano, hacia la urbe que embriaga; Lisandro, hacia la sierra que redime.

Y en el duro lecho del plácido arroyuelo, los frías aguas matinales acariciaban los sangrientos despojos del último soñador.

Ant. Julia Soler
(Oscar Carlong)

Uno de los últimos modelos
de calzados para señora
confeccionado en nuestros talleres



Sección MEDIDAS a cargo de personal
competente en el ramo.

ESTABLECIMIENTO DE CALZADO FUNDADO EN 1828

"LOS ANGELITOS"

F. HARGUINDEGUY e HIJOS

Esmeralda esq. Sarmiento

U. T. 6072, Lib.
C. T. 3257, Cen.